

Lo mismo digo de Chateaubriand realista. ¿Es el hombre fiel á sus afectos del pasado, ó el que sigue á un partido sólo por punto de honor, encontrando indigno el objeto de su fidelidad y pregonándolo á voces?

¿Y el cristiano? ¿Estamos seguros de haberlo encontrado en Chateaubriand? Es cierto que sin cesar repite: « Como yo no creo en nada, *excepto en religion...* » Pero esta especie de paréntesis que escribe á todo propósito y fuera de propósito, es fácil de suprimir; y si lo suprimimos, ¿qué se descubre? « Religion aparte, dice Chateaubriand hablando de la embriaguez y la locura, la felicidad es ignorar y llegar á la muerte sin haber sentido la vida. » Con frecuencia, en efecto cortando estos paréntesis de religion que están puestos como por pura forma, se encuentra en Chateaubriand una imaginacion siniestra y sombría como la de Hamlet, que lleva en torno suyo la duda, el desencanto, la desolacion.

Hablando de La Harpe, que se convirtió ántes de la hora suprema, se le escapó decir: « *No se descuidó al fin*, yo le vi morir cristiano y valeroso, » como hubiera dicho del autor dramático: « En el quinto acto lo hizo tan bien como en los anteriores. » Frases como esta, escapadas por descuido, dan mucho qué pensar. Hay frases determinantes, dice Pascal, y que permiten juzgar del espíritu de un hombre.

Recordando cierto dia que su poema los *Mártires* habia sido criticado bajo el punto de vista de la ortodoxia, llegó, en un arrebató de amor propio, á decir de los cristianos lo que tan á menudo dijo de los reyes: « *Los cristianos de Francia á quienes yo habia prestado tan señalados servicios levantando sus altares, han cometido la imbecilidad de escandalizarse...* » Esto se lee en las *Memorias*, y es cosa de preguntarse adónde conduciria, si se prolongara, un acceso tal de irritacion. Lo único que quiero deducir es que semejante contradiccion de sentimientos desorienta y desagrada. Se ha intentado buscar á falta de otro lazo, no sé qué unidad poética llamaba *unidad de artista*, unidad que abraza todas las contradicciones y las reúne en una sola haz. Pero el público no cae en estos artificios; lo evidente para él es que no aparece la unidad del hombre ni la verdad de su naturaleza. Á la larga se hace insoportable el desacuerdo leyendo las *Memorias*.

El poeta Gray ha dicho de las *Memorias* en general que, « si se

escribiera exactamente lo que se ha visto, sin aparato, sin adorno, sin intento de brillar, se tendrían más lectores. » Escribir de tal suerte lo que se ha visto y lo que se ha sentido, sería efectivamente hacer uno de esos libros tan sencillos como raros de los que existen pocos. Mas para ello sería preciso despojarse de toda pretension y no poseer una de esas imaginaciones imperiosas, omnipotentes, que se sustituyen con frecuencia á la sensibilidad, al juicio y aún á la memoria. Ahora bien, el don y la gloria de Chateaubriand, fué precisamente una de estas imaginaciones.

Chateaubriand ha sustituido más ó ménos los sentimientos que experimentaba en el momento de escribir á los que tenía realmente en el momento á que alude. Así lo hizo, algo en las partes novelescas, mucho en las históricas. En su ojeada retrospectiva á la primera Revolucion y en los retratos que traza de los hombres del 89, no se expresa segun lo que habia visto y sentido entónces, sino segun sus sentimientos en el instante de la redaccion.

Y no solo modifica los juicios y sentimientos. En vez de buscar en lo posible y exponer sencillamente sus sensaciones de antaño, las mezcla y las revuelve con sus nuevas sensaciones resultando un laberinto de erudicion, citas históricas y recuerdos personales, cuyo efecto es chocante cuando no es falso.

Sin poder demostrar ni determinar las proporciones de esta confusa mezcla, se siente bien que existe por la impresion que causa la lectura. Así como al ver un retrato parecido cuyo original no conocemos, decimos ¡ esto es verdad !, así tambien leyendo á Chateaubriand y aún admirando su talento sentimos tentaciones de exclamar: ¡ Pero esto es imposible! Un juez competente me decia sobre el particular: « En cuanto al fondo, M. de Chateaubriand se acuerda sin duda de los hechos, pero al parecer ha olvidado bastante las impresiones ó á lo ménos las cambia, las retoca y las recarga. Tiene gestos de jóven y reminiscencias de imaginacion de anciano. El efecto que se recibe es doble: aquello es al mismo tiempo verdadero y falso ».

No fiándome enteramente de mis propias impresiones sobre las *Memorias de Ultratumba*, he querido ilustrarme consultando ajenas impresiones. He recogido cierto número de juicios que si son diferentes no son contradictorios. En París la verdadera crítica se hace

hablando; haciendo con inteligencia el escrutinio de todas las opiniones es como el crítico llega á un resultado más acertado y más justo. Hé aquí un juicio que no me pertenece y que yo extraigo de la correspondencia familiar de uno de los maestros de hoy :

« Léo las *Memorias de Ultratumba* y me impaciento con sus vestiduras y aparato. Es una obra *sin moralidad*. No quiero decir que sea inmoral; pero no encuentro en ella ni la vulgar moraleja que place deducir áun de una fábula ó de un cuento de hadas. Hasta el presente no prueba nada ni nada quiere probar. Carece de alma, y yo que he gustado tanto del autor deploro no poder gustar del hombre. No le reconozco, no le adivino al leerlo, y no será por no exhibirse; pero se exhibe con un traje que no se hizo para él. Cuando es modesto, lo es de manera que se le cree orgulloso, y en todo lo mismo. No se sabe si alguna vez ha querido á alguien ó ha preferido alguna cosa; tal es la afectación con que muestra el vacío de su alma! Aquella preocupación de presentar el contraste de su miseria y de su opulencia, de su oscuridad y su celebridad, me parece pueril y casi idiota: ya he dicho la palabra. Yo le perdono el ser injusto, furioso y absurdo al hablar de la Revolución, que él no debía comprender en su conjunto y cuyos pormenores no estaban á su vista. Se lo perdono tanto más, por cuanto al verter su bilis deja ver su fisonomía de caballero breton y nos presenta alguna vitalidad; pero en lo demás es un fantasma. Y un fantasma en diez volúmenes se me figura demasiado largo. Sin embargo, no obstante la afectación del estilo que corresponde á la de su carácter, no obstante la rebuscada y falsa sencillez, no obstante su abuso del neologismo, encuentro á cada instante bellezas de forma, frescas, lozanas, grandes; ciertas páginas que son del más grande maestro de este siglo y que ninguno de nosotros, formados en su escuela, podríamos igualar aún haciendo esfuerzos imposibles. »

Observad, repito, que el escritor cuyo juicio acabo de copiar es uno de los talentos más poderosos y más célebres de nuestros días (1). Por la naturaleza de los defectos que nota en las *Memorias* y por las bellezas de primer orden que descubre y nos revela, entiendo que logra resumir la verdad sobre el conjunto.

Leyendo, sobre todo, la primera parte, tan llena de interés, aquellas escenas de familia, aquellos recuerdos de la infancia, aquellos cuadros de la juventud, en que las impresiones, idealizadas indudablemente, no se encuentran desnaturalizadas y conservan la sinceridad, se comprende cuán grato sería un relato más sencillo, más seguido, ménos desigual. Pero no tardan mucho en amenguar el placer una imaginación extravagante y sin gusto y una vanidad pueril é inmensa. La

(1) Todo lo transcrito pertenece á George Sand.

vanidad ante todo y sobre todo, vanidad increíble en aquel grado tratándose de un ingenio superior, vanidad de niño ó de salvaje. Una personalidad que pretende hacerse el centro de los mundos, que no perecería aunque se acabara el universo, á quien todo molesta, á quien importuna particularmente Bonaparte. Que se compara de paso á todo lo grande que encuentra en su camino y se mide con todas las celebridades. Que se pregunta á cada momento lo que debiera dejar que preguntaran los otros: « *Mis escritos de ménos en el siglo* ¿qué sería este sin mí? » Que dice en otra parte con fatuidad que hace reír: « ¡ alguna hermosa había adivinado la presencia de René! » Que se cree privilegiada en las penas y el dolor; que á cada trance humano de su vida exclama: « ¡ Esto sólo me sucede á mí! » Que en sus despechos, por último, tiene jactancias, fanfarronadas burlescas entre palabras divinas. Hay un pasaje, por ejemplo, en que después de hablar de Grecia y de Fenelon, dice: « Napoleón había acabado con los reyes, pero no había acabado conmigo ». Al lado de una frase digna de Sófoles una salida de Cyrano.

La imaginación, en Chateaubriand, desluzce con frecuencia hasta el placer que nos causa. Es una imaginación imprevista, rara, exorbitante; grandiosa y divina á veces, es verdad, encontrando en ocasiones su juvenil frescura; pero desigual y desproporcionada y llena de movimientos bruscos: de pronto cambia el viento y nos lleva al punto opuesto del horizonte. Cuesta trabajo en muchos casos descubrir la ilación entre la idea presente y el recuerdo que el autor evoca. Busca un efecto y á veces lo produce, pero en algunos casos no acierta á producirlo. En una parte de las *Memorias* se encuentra un humorismo que se permite licencias muy acentuadas y fuertes de sabor, pero sin gracia, sin gusto, sin ligereza. La jovialidad en Chateaubriand no es natural ni propia; es una especie de capricho que aparece sobre un fondo triste sobre el cual la risa se despega. El autor no tiene nada de alegre, y si algo tiene, es á la manera céltica, no á la francesa; del modo que expresa la alegría parece forzada y afectada. No excusa ninguna imagen violenta, más bien se complace y se regocija en ellas; tiene en ocasiones la alegría del sepulturero como en la escena de *Hamlet*.

No sería difícil justificar estas observaciones generales con gran

número de ejemplos. Pero también para ser justos citaríamos frases dignas de labios de oro, frases que reúnen la belleza antigua al sentimiento moderno, que es el género de belleza propio de Chateaubriand, el género de que es verdaderamente creador.

Recuerdo en este momento una sola de estas frases. Al volver á Venecia en 1833 va á pasearse al Lido y encuentra de nuevo el mar, *esa patria que viaja con nosotros*: « Dirigi frases de amor á las olas, mis fieles compañeras, dice. Sumergí mis manos en el mar y llevé á mi boca su agua sagrada sin sentir su amargura. » ¡ Ah, poeta ! ¡ Con cuánto placer haríamos otro tanto saboreando las ondas que tu creas !. Mas para ello sería necesario que fueras uno de esos poetas amplios, sencillos y profundos como la naturaleza.

Chateaubriand no es otra cosa que el primer escritor de imaginación que inaugura el siglo XIX; con este único título sigue siendo hasta ahora el más original y creo que el más grande. De él proceden las bellezas y defectos de los escritores de este siglo, áun las de aquellos que admiramos más: él abrió de par en par las puertas por donde han entrado los buenos y los malos sueños de esta generación. Mucho habría que decir de sus *Memorias* examinándolas por partes y detalladamente. Con gusto hablaría del episodio de Carlota y del Chateaubriand romántico; el Chateaubriand político también exigiría un estudio aparte. Desde luego deduzco una conclusión que se me figura incontestable: entre todos los retratos y estatuas que ha intentado hacer de sí, no dejó Chateaubriand más que una obra perfecta, un ideal de sí mismo en que las cualidades y defectos aparecen impresos en actitud inmortal. Esta obra es *René*.